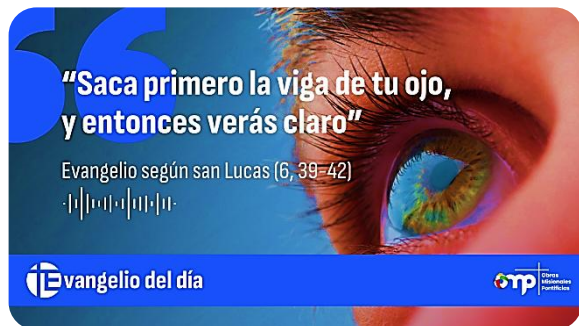


El Evangelio según la comunidad de San Lucas



En aquel tiempo, dijo Jesús a los discípulos una parábola: "¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo?"

Un discípulo no es más que su maestro, si bien, cuando termine su aprendizaje, será como su maestro.

¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: "Hermano, déjame que te saque la mota del ojo", sin fijarte en la viga que llevas en el tuyo? ¡Hipócrita! Sácate primero la viga de tu ojo, y entonces verás claro para sacar la mota del ojo de tu hermano.

No hay árbol sano que dé fruto dañado, ni árbol dañado que dé fruto sano.

Cada árbol se conoce por su fruto; porque no se cosechan higos de las zarzas, ni se vendimian racimos de los espinos.

El que es bueno, de la bondad que atesora en su corazón saca el bien, y el que es malo, de la maldad saca el mal; porque lo que rebosa del corazón, lo habla la boca."

Lucas 6, 39-45

Reflexión al Evangelio - ÁRBOLES SANOS

La advertencia de Jesús es fácil de entender. «No hay árbol sano que dé fruto dañado, ni árbol dañado que dé fruto sano. Cada árbol se conoce por su fruto. No se cosechan higos en las zarzas ni se vendimian racimos en los espinos».

En una sociedad dañada por tantas injusticias y abusos, donde crecen las «zarzas» de los intereses y las mutuas rivalidades, y donde brotan tantos «espinos» de odios, discordia y agresividad, son necesarias personas sanas que den otra clase de frutos. ¿Qué podemos hacer cada cual para sanar un poco la convivencia social tan dañada entre nosotros?

Tal vez hemos de empezar por no hacer a nadie la vida más difícil de lo que es. Esforzarnos para que, al menos junto a nosotros, la vida sea más humana y llevadera. No envenenar el ambiente con nuestra amargura. Crear en nuestro entorno unas relaciones diferentes hechas de confianza, bondad y cordialidad.

Necesitamos entre nosotros personas que sepan acoger. Cuando acogemos a alguien, lo estamos liberando de la soledad y le estamos infundiendo nuevas fuerzas para vivir. Por muy difícil que sea la situación en que se encuentra, si descubre que no está solo y tiene a alguien a quien acudir, se despertará de nuevo su esperanza. Qué importante es ofrecer refugio, acogida y escucha a tantas personas maltratadas por la vida.

Hemos de desarrollar también mucho más la comprensión. Que las personas sepan que, por muy graves que sean sus errores, en mí encontrarán siempre a alguien que las comprenderá. Hemos de empezar por no despreciar a nadie, ni siquiera interiormente: no condenar ni juzgar precipitadamente. La mayoría de nuestros juicios y condenas solo muestran nuestra poca calidad humana.

También es importante contagiar aliento a quien sufre. Nuestro problema no es tener problemas, sino no tener fuerza para enfrentarnos a ellos. Junto a nosotros hay personas que sufren inseguridad, soledad, fracaso, enfermedad, incompreensión... No necesitan recetas para resolver su crisis. Necesitan a alguien que comparta su sufrimiento y ponga en sus vidas la fuerza interior que las sostenga.

El perdón puede ser otra fuente de esperanza en nuestra sociedad. Las personas que no guardan rencor ni alimentan el resentimiento, y saben perdonar de verdad, siembran esperanza a su alrededor. Junto a ellas siempre crece la vida.

No se trata de cerrar los ojos al mal y a la injusticia. Se trata sencillamente de escuchar la consigna de Pablo de Tarso: «No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien». La manera más sana de luchar contra el mal en una sociedad tan dañada como la nuestra es hacer el bien «sin devolver a nadie mal por mal...; en lo posible, y en cuanto de vosotros dependa, en paz con todos los hombres»

(Romanos 12, 17-18). José Antonio Pagola



Lo que otros esperan de ti

*No, tu peor enemigo
no eres tú.
Es ese que los demás
esperan que seas.*

Desde que nacemos, estamos rodeados de expectativas. La familia, la sociedad, la cultura y las instituciones construyen un entramado de demandas que influyen en nuestras decisiones y en la forma en que nos percibimos. Estas expectativas pueden ser un motor que nos impulsa a crecer o una carga que nos aleja de nuestra autenticidad.

En la familia, los padres suelen proyectar en sus hijos sueños y aspiraciones. En la escuela, se espera que cumplamos con estándares académicos y de comportamiento. En el trabajo, las empresas buscan productividad y compromiso. Incluso en los círculos de amistad y comunidad, hay normas implícitas que regulan la manera en que debemos actuar.

Sin embargo, vivir solo para satisfacer las expectativas ajenas puede llevarnos al agotamiento y a la sensación de no ser dueños de nuestra vida. La clave está en discernir entre aquellas expectativas que nos ayudan a crecer y las que nos encadenan a un modelo que no nos pertenece. No se trata de rechazar toda demanda externa, sino de encontrar un equilibrio entre las responsabilidades hacia los demás y la fidelidad a nuestro propio camino.

En la tradición cristiana, Jesús desafió muchas de las expectativas impuestas por la sociedad de su tiempo, optando por una vida entregada al servicio de los más pobres y marginados. Su testimonio nos invita a preguntarnos: ¿Estamos viviendo para cumplir con lo que otros esperan de nosotros o estamos respondiendo a una vocación más profunda?

Al final, lo que los demás esperan de nosotros no debería definirnos por completo. La verdadera plenitud surge cuando logramos alinear nuestra vida con lo que somos en esencia, discerniendo qué expectativas nos construyen y cuáles nos limitan.

Pepe Castillo, sj